

e investigación y de la tarea docente alternativa (es el caso de su directora, Beatriz Sarlo, por ejemplo), trató de conservar o reabrir un espacio de reflexión sobre los vínculos entre literatura, cultura y sociedad. Intentaba llenar, así, con sus obvias limitaciones, una zona que la universidad y los planes de estudio formales preferían obviar.

Punto de Vista se planteaba también como una zona de constante modernización teórica, en lo que hace a la literatura en particular y las ciencias sociales en general, incorporando a la Argentina un conjunto de obras y autores (como el sociólogo francés Pierre Bourdieu, el inglés Raymond Williams, la escuela de Constanza, entre otros) que por su sola presencia resultaban una denuncia de las *curricula* universitarias.

De la misma época es *El Ornitorrinco*, dirigida por el escritor Abelardo Castillo, que hereda las virtudes y defectos de su antecesora *El Escarabajo de Oro*. La visión del compromiso intelectual de clara filiación sartreana llevó a la gente de *El Ornitorrinco* a combinar discutibles debates entre los exiliados y los que se quedaron con la publicación de solicitadas de las Madres de Plaza de Mayo, cuando ninguna revista cultural se hubiera atrevido a hacerlo.

A medida que nos acercamos a los años 1980-1981, aparecen otras publicaciones. Uno de los proyectos es el llevado adelante por la revista *Crear* (cooperativa que no se restringía únicamente a la revista), de filiación peronista, que pretendía reinstaurar una zona de reflexión sobre lo nacional y una serie de autores (Leopoldo Marechal era su figura simbólica) que habían desaparecido con la universidad del 73-74 sin dejar una herencia clara.

Medios & Comunicación intentó refundar un espacio de análisis y debate sobre comunicación, medios masivos y géneros populares. Revistas como *Arte Nova* y *Ulises* se encargaron de señalar los intereses de la generación más joven, no sólo en lo referente a la literatura y las definiciones filopolíticas sino también a otras disciplinas. *Sitio*, sobre las huellas de *Literal* de la década anterior, apostaba a una discusión específica y restringida, de fuerte sesgo psicoanalítico, y vinculada a una literatura «experimental» y de vanguardia, pero con un eclecticismo tal que le permitía reunir a figuras tan disímiles como Ana María Barrenechea, Ramón Alcalde y el poeta Néstor Perlongher.

Un nuevo período de auge para las publicaciones periódicas se vivirá desde mediados de 1982 hasta fines del año siguiente, es decir, en el lapso que va de la *débaçle* militar en la guerra de las Malvinas a las elecciones generales que llevan a la presidencia al radical Raúl Alfonsín. Un símbolo de este período lo constituye la revista *Humor*, heredera de la desaparecida *Satiricón*. Con una combinación de historietas y chistes sumamente ácidos vinculados con la coyuntura política, reportajes extensos y notas de investi-

gación y denuncia, *Humor* se convirtió en un éxito de venta y muchas de sus caricaturas constituyeron los símbolos que parte de la población tomó para expresar su repudio al gobierno militar.

Esa transgresión icónica que había también iniciado un año antes la revista peronista *Línea*, con fuertes contratapas (pensadas muy publicitariamente en sus efectos) que denunciaban a través de composiciones y caricaturas los negociados y la corrupción del régimen. Hubo también algún otro intento «institucional alternativo», como el de la revista *Vigencia*, que estaba vinculada al proyecto de un grupo de poder determinado (la Universidad de Belgrano, institución privada) y su política de ediciones, que intentaba acaparar el reavivamiento intelectual y los nuevos autores que comenzaban a aparecer públicamente.

Otra de las revistas importantes que surgió en este período es *El Porteño*, que comenzó a salir en enero de 1982. Desde lo formal, la publicación se presentó con una novedad impactante: un tamaño bastante más grande al habitual (que más tarde modificó) y con tapas fotográficas que reconocían algunas influencias extranjeras. Desde ese primer número se marcó un perfil que, con algunas modificaciones, se ha ido sosteniendo: los temas políticos que, cada vez más directamente, constituyeron el eje privilegiado, y un lenguaje ajeno a las formalidades y estereotipos del periodismo tradicional. En *El Porteño* apareció la primera nota sobre SIDA en la Argentina, al mismo tiempo que daba cabida a la nueva ola cultural que carecía de canales de difusión mínimamente amplios.

En poco tiempo, *El Porteño* demostró que esa revista de actualidad y de cultura podía también lograr una circulación masiva sin que ello significara mantener los estilos y temas de los medios tradicionales. Había un público amplio para eso y la revista logró captarlo, e inclusive movilizarlo frente a ataques puntuales (por ejemplo, la bomba que destruyó su redacción luego del número 20, en el que se investigaba el tema de los niños desaparecidos).

Con los años, se hizo más evidente la tendencia a la investigación política, y los temas de marginalidad (que inicialmente se vinculaban a lo indígena y rural) se desplazaron al ámbito urbano. El *staff* de la revista refleja también esas rápidas variaciones.

El Porteño también encaró otros intentos editoriales: *La Gaceta Porteña*, quincenario que no pudo prosperar, y *Cerdos y Peces*, que inicialmente fue un suplemento para luego independizarse de la revista.

En 1985 el editor y director, Gabriel Levinas, decide abandonar el proyecto. Para evitar el cierre, un conjunto de los colaboradores más cercanos y otros nuevos decidieron fundar la Cooperativa de Periodistas Independientes para mantener una fuente de trabajo y un canal de expresión que

consideraban necesario. Desde el número 47 es esta cooperativa la editora de la revista. Si bien no se advierten grandes cambios en esta nueva etapa, sí se acentúa el interés por la actualidad política.

La cooperativa también encaró proyectos editoriales: a comienzos de 1988 apareció *Babel, revista de libros*, que editó durante un año, luego del cual pasó a depender de otra editorial. Como la ya nombrada *Los libros*, *Babel* nace como una publicación dedicada a reseñar y comentar las novedades editoriales. Mas, a diferencia de aquélla, que realizó prontamente una flexión más política, *Babel* mantuvo su condición de revista bibliográfica y fue fiel a su consigna «Para no leer a ciegas».

Otro hecho destacable en el recorrido planteado por *El Porteño* fue la presencia de los periodistas que luego diseñaron y dirigieron el diario *Página 12*. Este diario manifestó desde su aparición (1987) una peculiaridad: la presencia errática, azarosa, de un suplemento cultural que sólo desde 1990 ha logrado permanencia. Lo interesante de este dato es que *Página 12*, en la estela de *Primera Plana* y *La Opinión*, piensa la cultura distribuida en el cuerpo del diario (en sus páginas de espectáculos, en sus reseñas diarias de eventos musicales, teatrales, comentarios cinematográficos, artículos sobre psicología o ciencia, etc.), desde el cual puede concebir una estrategia más directa —más «periodística»— de asimilar la cultura.

Durante la dictadura militar se había producido una suerte de «frente de hecho» entre las diversas revistas culturales. Las muertes, las desapariciones, la censura, la política represiva en su conjunto, obligaron a postergar discusiones; se entablaron lazos de amistad entre líneas ideológicas muy distintas. Si bien cada grupo o revista funcionaba autónomamente, sin que se produjera una rotación indiscriminada de colaboradores, se estructuró un pacto de no agresión entre ellos. Es decir, se postergó un debate que se abriría cada vez con mayor nitidez a partir del conflicto en el Atlántico Sur y, sobre todo, de la llegada a la presidencia de Alfonsín. Esta serie de reacomodamientos se produjo a partir de 1984. El más notorio (y que, en un punto, puede servir como medida de este proceso) fue el de los intelectuales vinculados a la mencionada *Punto de Vista* que, provenientes de una zona periférica ya detallada, accedieron a cátedras y puestos oficiales, sobre todo en las facultades de humanidades, y a los medios en general, al menos en un primer momento. Este desplazamiento era paralelo a adscripciones políticas concretas: apoyo al gobierno radical, readaptación de los discursos al tono imperante (por ejemplo, ciertas palabras de uso frecuente hasta esos momentos, como «imperialismo», o fórmulas como «clase social», desaparecieron de sus registros), denuncia permanente de la izquierda, acusada de reproducir un discurso «viejo», etc. En resumen, se producía una reestructuración del mercado de becas y puestos oficiales

y de las fundaciones privadas, acceso a la universidad, etc., que exigía gestos políticos acordes.

Durante ese año de 1984, pero sobre todo desde 1985, esta disputa irá tomando formas más claras. Aparecen nuevas revistas, como *Pie de Página*, *Praxis*, *El Despertador*, *Mascaró*, *Cuadernos de Cultura* (nueva época), *La Bizca*, el relanzamiento de la segunda y la tercera época de *Crisis, Debates; Vuelta Sudamericana*, *La Ciudad Futura*, *Fin de siglo*. Nuevamente, la discusión cultural volvió a ser fuertemente política. Algunos suplementos culturales, como los de los diarios *Tiempo Argentino* y *La Razón*, sirvieron también como caja de resonancia⁵.

Más allá de los términos particulares de este debate cultural, es de interés señalar como una constante característica de estos últimos años el desplazamiento de los discursos generados desde la universidad y desde los mismos sectores culturales (escritores, plásticos, músicos, historiadores, antropólogos, etc.) en beneficio de un discurso estrictamente periodístico. Este fenómeno se acentuó a partir de la llegada a la presidencia de Carlos Menem, y se relaciona también con la característica de la estratificación de las revistas culturales (su creciente especialización en algunos ámbitos, mencionada al comienzo).

En términos del sociólogo español Félix Ortega (y discúlpese lo extenso de la cita): «Es más, los recorridos históricos y la ciencia ponen de relieve su escisión y progresiva apropiación por parte del primero de algunas competencias de la segunda. En efecto, las ciencias se han especializado cada vez más, deviniendo en corpus teóricos esotéricos. Presidida por la racionalidad académica, una parte de la ciencia (sobre todo ciencias sociales y humanidades) se ha vuelto fútil, supeditada en no pocos casos a los requisitos específicos de la promoción y carrera universitaria. De manera que bien por exigencias metodológicas, bien por una cierta clausura endogámica, los saberes científicos resultan inaccesibles o irrelevantes para públicos amplios. Con ello se quedan limitados en su radio de acción a círculos reducidos, que incluso suelen ser más pequeños que los de la profesión. Una buena muestra de ello nos la proporciona la muerte de las revistas teóricas y de divulgación cultural. Ciertamente no es conveniente hacerse ilusorias (y por ende falsas) nociones acerca del papel que en otro tiempo desempeñaron. Mas lo significativo ahora es que, cuando la alfabetización se ha generalizado y aumentado considerablemente la tasa de alumnos universitarios, estas revistas o han desaparecido o se mantienen lánguidamente, reducidas a tiradas simbólicas. Las que quedan no buscan, tampoco, su difusión entre aquellos estratos que son sus potenciales (y naturales) consumidores, los universitarios. El mundo de las revistas teóricas queda circunscrito a círculos, cuasi familiares, del mundo profesional y académico.

⁵ Para un panorama más completo de las revistas de este período, cf. José M. Otero, Treinta años de revistas literarias argentinas (1960-1989), introducción a su estudio, *Buenos Aires, Catedral al Sur*, 1990.

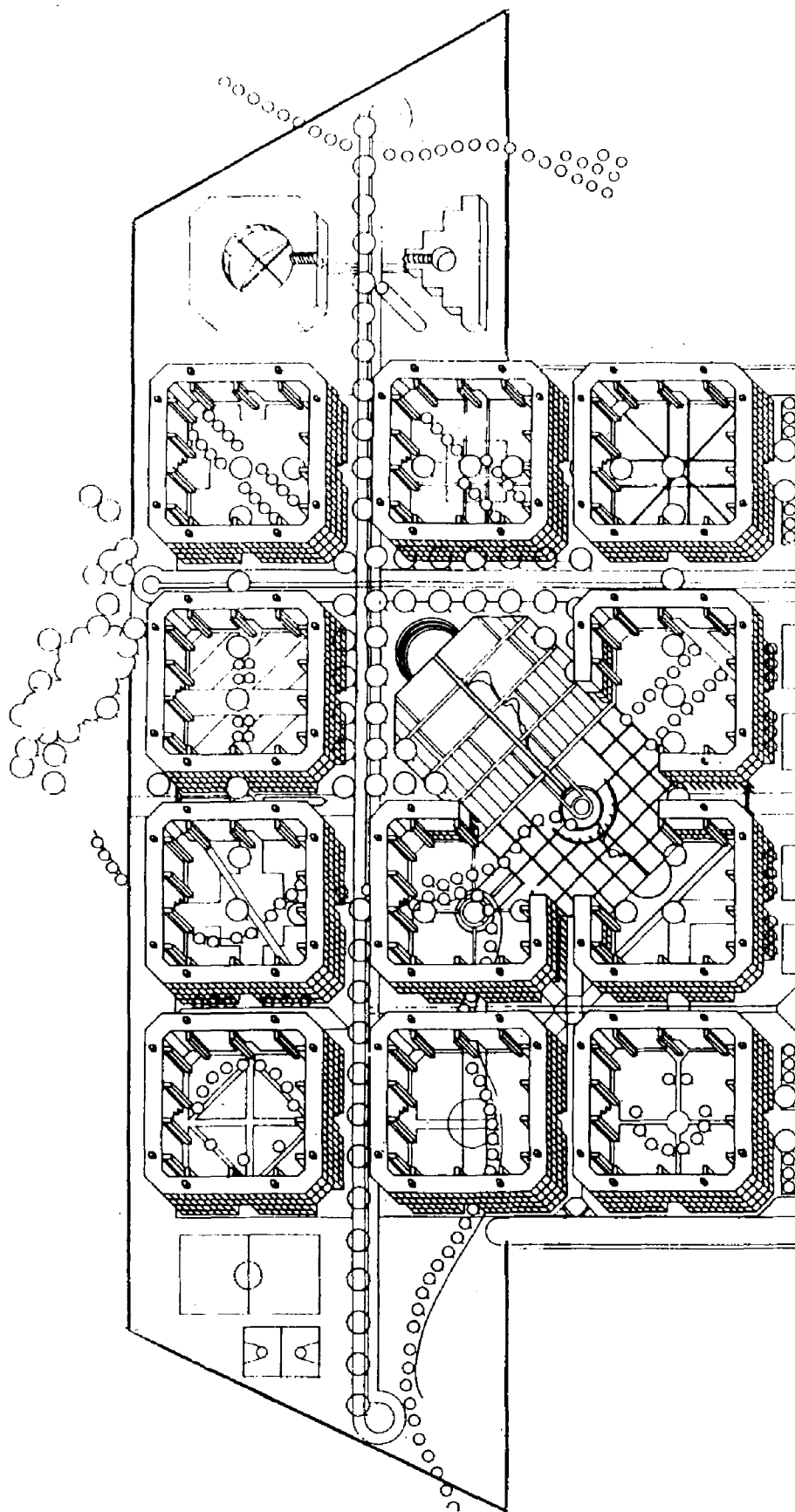
No ejercen, en suma, influencia alguna ni sobre la cultura universitaria ni, aún menos, sobre la opinión pública. Y al ritmo que actualmente se editan libros y otro tipo de *papers*, previsiblemente acaben por perder la parte de eficacia que vienen conservando en el mundo universitario como medio de construir currículum»⁶.

Es difícil hablar sobre lo que está sucediendo, sobre los remozados suplementos culturales de los diarios *Clarín*, *Página 12* y *El Cronista Comercial* y sobre revistas que apenas tienen unos pocos números en la calle; a veces, es difícil la simple tarea descriptiva. Tal vez, reflexionar sobre las revistas y las prácticas del periodo abordado, sobre sus propuestas político-culturales, su vitalidad, su desconfianza y su enfrentamiento con las instancias de poder, su convicción de que no puede existir un modelo de intelectual abstraído (con el argumento de su compromiso «cultural») de las luchas de otros sectores, sea no sólo una toma de posición sino también una forma de ayudar a su supervivencia y su crecimiento.

⁶ Félix Ortega, «Los nuevos intelectuales orgánicos», en *El Porteño*, 130, Buenos Aires, octubre de 1992, págs. 34-38.

Jorge Warley





Planta del Barrio
Centenario (ver
referencias en el texto)